

Eliseo Noguerras, trigésimo quinto aniversario

Dr. Justo L. González



Providence, RI
18 de septiembre de 2017

Eliseo Nogueras, trigésimo quinto aniversario

Lectura bíblica: Josué 4:1-7

Tras una larga peregrinación por el desierto, el pueblo de Israel acaba de entrar a la Tierra Prometida. Cuarenta años de esperanza que por fin empieza a cumplirse. Cuarenta años en el desierto, en pos de la nube y la columna de fuego. Cuarenta años de maná y codornices, recordando los pepinos y las carnes de Egipto, soñando con la tierra que fluye leche y miel. Cuarenta años en que toda una generación pereció: Moisés, Miriam, Aaron, todos los testigos de aquel acto portentoso del poder de Dios cuando, según cantarían los salmistas:

Reprendió al Mar Rojo y lo secó,
y les hizo ir por el abismo como por un desierto.
Los salvó de mano del adversario.
Cubrieron las aguas a sus enemigos;
no quedó ni uno de ellos. (Salmos 106.9-11).

¡Cuarenta largos años! ¡Cuántos días de marcha continua! ¡Cuántas horas! ¡Cuántos pasos, uno tras otro, tras otro, tras otro!

Y ahora, por fin, tras un milagro que les recuerda que el Señor del Mar Rojo es también Señor del Jordán, los hijos de Israel se encuentran por fin en la Tierra Prometida.

Son pueblo de Dios, llegados por fin a la tierra que Dios les ha prometido. ¿Qué es lo primero que harán? Si fuésemos nosotros, posiblemente lo primero que haríamos sería celebrar culto de

dedicación; y haríamos bien. Si fuera algún otro grupo más secularizado, posiblemente tendrían una sesión de planificación estratégica; y también harían bien. Pero este extraño pueblo de Dios no hace ni lo uno ni lo otro. Más adelante se reconsagrarán al circuncidar a todos los varones nacidos en el desierto. Más adelante también desarrollarán una estrategia para la conquista de la Tierra Prometida. Pero por lo pronto, acabado de pasar el Jordán, lo primero que hacen es levantar un monumento: Y el pueblo subió del Jordán el día 10 del mes primero, y acamparon en Gilgal, al lado oriente de Jericó. Y Josué erigió en Gilgal las 12 piedras que habían traído del Jordán. Y habló a los hijos de Israel, diciendo: “cuando mañana preguntaren vuestros hijos a sus padres y dijeren: ‘¿qué significan estas piedras?’ declararéis a vuestros hijos, diciendo: ‘Israel pasó en seco este Jordán’”.

Levantar un monumento en memoria del pasado; pero es también promesa del futuro.

Ciertamente, el paso del Mar Rojo fue mucho más portentoso que el cruce del Jordán. El último no es sino una repetición del primero, pero en menor escala. Y sin embargo, el pueblo de Israel no levanta monumento tras cruzar el Mar Rojo, y si lo hace tras cruzar el Jordán. ¿Por qué?

Porque tras el Mar Rojo lo que viene es el desierto, lugar de paso, lugar de transiciones, lugar de nómadas sin tierra ni raíces. Pero tras el Jordán lo que viene es la Tierra Prometida, lugar de permanencia, lugar de plantar viñas y echar raíces, lugar donde los hijos de Israel, y sus hijos e hijas, y los hijos e hijas de estos, han de morar. Es por tanto que Josué, al levantar el monumento, les dice a sus seguidores: “cuando *mañana* preguntaren vuestros hijos a sus padres...”. Es decir, que vuestros hijos han de vivir aquí; que en esta tierra hemos echado

raíces; que esto no es ya desierto de peregrinación, sino tierra de construcción. El monumento de Gilgal, al mismo tiempo que recuerda el pasado, promete un futuro: “cuando *mañana* preguntaren vuestros hijos a sus padres”. El monumento no dice solamente “aquí llegamos”, o “aquí estamos”, sino también “aquí estaremos”.

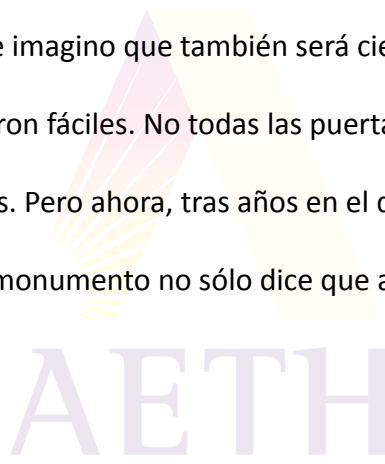
Leyendo este pasaje se me ocurre pensar que cuando hablamos de celebrar 25 años de un ministerio estamos hablando de algo muy parecido a aquel monumento de Gilgal. Estamos recordando el pasado, sí. Esta celebración es en cierto modo un monumento al pasado. Pero también estamos anunciando un futuro. Estamos levantando un monumento para el futuro. Estamos diciendo que aquí estamos para quedarnos. No estamos ya de paso, como Israel en el desierto. Estamos para quedarnos, como lo proclama Israel en Gilgal.

El texto continúa diciendo que:

Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos Israel hasta que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel. (Josué 5:1)

El texto no dice que lo hubiera. Pero me imagino que si por alguna razón un espía de los habitantes de la tierra pudo ver lo que Josué hizo en Gilgal, y escuchar lo que dijo, esas acciones y esas palabras le causarían pavor: estos habitantes no solo han cruzado el río, sino que están aquí para quedarse. Han levantado un monumento para que sus hijos recuerden este día. Dan por sentado que sus hijos e hijas, y los hijos e hijas de ellos, estarán aquí.

De igual manera, cuando hoy celebramos 25 años de un ministerio, no estamos hablando solamente del pasado. Estamos también tratando de dejar constancia de nuestra historia y de nuestra presencia para nuestros hijos e hijas, y para sus hijas e hijos, anunciando que estamos aquí para quedarnos. Ciertamente, habrá aquí entre nosotros muchos que pueden hablar también de una larga peregrinación por el desierto; muchos para quienes llegar a este momento no fue fácil; muchos para quienes las aguas del río no se apartaron para que pasaran sin mojarse los pies; muchos que todavía llevan las heridas de largas luchas. Y lo que es cierto de nosotros como individuos, me imagino que también será cierto de esta comunidad como iglesia. No todos los tiempos fueron fáciles. No todas las puertas se abrieron. No todos nos recibieron con los brazos abiertos. Pero ahora, tras años en el desierto, ahora estamos aquí para construir un monumento. Y ese monumento no sólo dice que acá hemos llegado, sino también que acá estamos y estaremos.



Me imagino que el presunto espía de Jericó, corriendo de regreso a su ciudad, diría: “Nosotros somos mucho más grandes que ellos—tanto que comparados con nosotros no parecen más que saltamontes. ¡Pero esta gente viene a quedarse! ¡Construyamos más alta la muralla! ¡Cerrremos las puertas! ¡Llamemos al ejército!”.

O, si fuera hoy, me imagino el mismo pánico. ¡Esta gente nos está quitando el país! ¡Nos están quitando los trabajos! ¡Exijámosles papeles para trabajar! ¡Que los puertorriqueños se vuelvan

a su isla! ¡Que los perseguidos busquen otro lugar de refugio! ¡Cerremos la frontera!
¡Construyamos una muralla! ¡Esta gente viene a quedarse! ¡Están construyendo iglesias,
estableciendo instituciones, participando de la política! Están celebrando aniversarios dando
por sentado que su futuro está aquí.

Josué les instruye que tomen doce piedras, una por cada tribu. El monumento que han de erigir
no es de una sola pieza, sino de muchas, porque el pueblo que lo construye tampoco es de una
sola pieza. Los eruditos bíblicos nos dicen que las tribus de Israel nunca fueron un todo
homogéneo. Siempre hubo diferencias entre unas y otras. Aunque se entretrejan entre sí, sus
historias eran diferentes. Por eso el pueblo que cruza el Jordán no erige un monolito, cómo los
que todavía vemos hoy en Egipto, un monumento de una sola piedra, sino que construyen un
monumento que señala a la vez la diversidad y la unidad del pueblo.

De igual manera hoy, la historia que celebramos, y el monumento simbólico que empezamos a
levantar, no pueden ser de una sola pieza. Hemos llegado acá por caminos distintos. Unos
cruzaron la frontera. A otros la frontera les pasó por encima. Unos cruzaron el río, otros el mar,
y otros del aire. Unos buscan hacerse ciudadanos, y otros fueron hechos ciudadanos sin que
siquiera se les consultara. Unos traen sangre azteca, otros taína, otros española, y otros lucumí.
Unos nacieron en el evangelio. Otros llegaron por una conversión súbita. Otros tuvieron una
experiencia menos repentina, pero no por eso menos profunda.

Y así, de igual manera que nuestro pueblo tiene muchas caras, nuestro monumento tendrá muchas piedras. Y así lo que celebramos hoy no son 25 años de uniformidad, sino 25 años en que nos hemos ido conociendo y uniendo y amándonos unos a otros. Quizá en nuestro monumento haya piedras puertorriqueñas, y piedras dominicanas, y piedras salvadoreñas, y piedras mexicanas, y piedras cubanas.... Piedras de todas formas y de todos tamaños. Pero piedras que, ahora unidas, se alzan en un monumento, no a nuestra peregrinación ni a nuestra gloria, ni a lo que se hizo durante los últimos 25 años, sino a la gloria del Dios que va delante del pueblo peregrino en la nube y en la columna, abriendo camino en el mar y calzada en el desierto.

Sí. Los 25 años que hoy celebramos son un monumento para la posteridad, recordando y celebrando todo lo que Dios ha hecho en estos últimos 25 años, y hasta donde Dios nos ha traído. Pero no es un monumento de ladrillos todos iguales como las casas que hoy fabricamos. Ni es tampoco un monumento construido con piedras sacadas de las canteras. Es un monumento construido con piedras humanas. Como dice la primera epístola de Pedro, aquel discípulo a quien Jesús le dio el nombre de “piedra”,

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.... Porque vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel Dios llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pedro 2:4-25 RVR1960)

Y, de igual manera que las piedras no son como los ladrillos, todos iguales e intercambiables, nosotros y nosotras, piedras vivas en el gran edificio que el Señor está construyendo, tampoco

somos intercambiables. Cada uno de nosotros tiene su historia; cada uno sus luchas; cada uno sus angustias; cada uno sus recuerdos. Pero todos tenemos un solo Señor, una sola esperanza, esa piedra viva sobre la cual se construye todo el edificio, Jesucristo el Señor.

Al leer toda esta historia, nos sorprende leer que fueron 12 las tribus que cruzaron el Jordán. Las tribus de Rubén y de Gad, y la media tribu de Manasés, ya se habían asentado en la Transjordania. Ya había llegado a su tierra de promisión. No tenían por qué pasar el Jordán. Pero con todo y eso, ellas también, dejando la seguridad de sus tierras, cruzan el Jordán. Esto lo destaca el texto bíblico, dejando bien claro que las tribus que cruzan no son solamente las que todavía no tienen tierras. Por eso en el versículo 12, aunque no se dan los nombres de las otras tribus, si se señalan estas en particular: “también los hijos de Rubén y los hijos de Gad y la media tribu de Manasés pasaron armados delante de los hijos de Israel” (Josué 4:12).

La tribu de Rubén, y la tribu de Gad, y la media tribu de Manasés, cruzan el Jordán, no por necesidad, sino por solidaridad. Aunque ya tienen tierras cruzan para unirse al esfuerzo del resto del pueblo. Y por eso en aquel monumento de Gilgal están también sus piedras. Y por eso en el texto bíblico se hace mención especial de ellas.

Y lo mismo sucede con este monumento y con nuestra historia. No todos estamos en el mismo punto en nuestra peregrinación. Unos tienen prestigio, poder, dinero. Según los cánones del mundo, ya casi han llegado. Algunos tienen una profunda vida espiritual. Según los cánones de

cierto tipo de religión, parecería que ya casi han llegado. Pero lo cierto es que entre nuestro pueblo hoy hay muchos, la mayoría, que viven en pobreza y miseria. Y hay otros, muchos, la mayoría, que viven sin esperanza y sin Dios en el mundo. En este mundo y esta sociedad, eso no tiene nada de extraordinario. En el mundo en que vivimos, cada cual vela por su propio bien, y a los demás; como dice el dicho “el diablo se los lleve”. O, como dice la vieja canción de cuna: “la de adelante corre bien; la de atrás se quedará”.

Pero, nos dice Jesús, no así entre nosotros. Entre nosotros quien quiera ser el primero se constituirá en siervo de los demás. Entre nosotros, el mayor no será quien más pueda, sino quien más sirva. Y así, como cruzando el Jordán los que ya tienen tierras en Transjordania, solidarizándose los que tienen con los que no tienen, los que pueden con los que no pueden, se forma un nuevo pueblo, una nueva nación, un sacerdocio real, y aquellos que no eran pueblo serán un pueblo.

Nuestro monumento ha de tener muchas piedras distintas para subrayar, no solamente nuestra diversidad, sino también nuestra solidaridad. Nuestro monumento ha de tener piedras distintas, porque hasta la piedra pequeña, hasta el más ínfimo grano de arena, tienen valor infinito ante los ojos de Dios. Si a alguien excluimos, en parte nos excluimos a nosotros mismos; si a alguien olvidamos, en parte nos olvidamos de nosotros mismos. Porque somos solo un cuerpo, y cuando un miembro se goza, todos se gozan juntamente con él; y cuando un miembro sufre, todos sufren juntamente con él.

Por último, una palabra de advertencia. Los monumentos y los aniversarios son peligrosos. Son peligrosos por dos razones.

Son peligrosos, en primer lugar, porque bien pueden convertirse en instrumento de idolatría. Un monumento o una historia se vuelven instrumento de idolatría cuando nos olvidamos de que están ahí, no para gloriarnos en nosotros mismos o en nuestro pasado o en nuestros logros, sino para la gloria del Dios de nuestro pasado, de nuestro presente, y de nuestro futuro. La grandeza de Israel no está en que cruzó en el Mar Rojo y el Jordán, ni tampoco en este monumento que levantó en Gilgal. La grandeza de Israel está en otro monumento, la Biblia, que se atreve a contar que el pueblo a quien Dios rescató de Egipto con mano poderosa fue el mismo pueblo que se hizo un becerro de oro para adorarlo, el mismo pueblo que se quejó del maná a diario, el mismo pueblo que una y otra vez se apartó de Dios, el pueblo que tembló de miedo ante los cananeos.

Si hay un peligro que nos acecha cuando empezamos a contar nuestra historia, a construir nuestro monumento, a celebrar nuestros aniversarios, es precisamente este del triunfalismo idolátrico. Queremos construir un monumento que hable más de nosotros que de Dios; más de nuestras fuerzas que de nuestras flaquezas a las que Dios ha suplido por su gracia. Queremos escribir una historia de triunfos y logros. Y de ese modo, al tiempo que pretendemos escribir una historia de fe desvirtuamos esa misma fe por la que vivimos.

Al construir nuestro monumento, al escribir nuestra historia, al celebrar nuestros aniversarios, conviene por tanto imitar el modo en que la Epístola a los Hebreos cuenta la historia del pueblo de fe:

Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados. Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días. Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz. ¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y los profetas; que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. (Hebreos 11: 29-34)

Hasta aquí, nos gusta la historia. Parece ir del triunfo en triunfo, de milagro en milagro, de logro en logro. Pero eso no es todo lo que dice la Epístola a los Hebreos. Al contrario, la epístola continúa:

Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y las cavernas de la tierra. (Hebreos 11:36-38)

Y lo que dice Hebreos es que tanto los unos como los otros, tanto los que conquistaron ejércitos extranjeros como los que anduvieron por los desiertos cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, tanto los que taparon bocas de leones como los que fueron muertos a filo de espada, tanto los que triunfaron como los que al parecer fueron derrotados, tanto los unos con los otros hicieron todo esto por la fe.

El monumento que hemos de construir, la historia que hemos de escribir, los aniversarios que hemos de celebrar, no serán solamente recordatorio de nuestros triunfos y nuestros logros, sino también de nuestros fracasos, de nuestras derrotas, y hasta de nuestras flaquezas—porque, como nos enseñó el Apóstol, la fuerza de Dios en nuestra flaqueza se fortalece.

Pero los monumentos y los aniversarios son peligrosos también por otra razón: porque tienden a confundir la esperanza con la realidad, lo hecho con lo que queda por hacer, el pasado que Dios nos dio con el futuro que Dios nos promete. Cuando un pueblo empieza a vivir exclusivamente de su pasado, ese pueblo empieza a perder su visión; y, como dicen las Escrituras “por falta de visión los pueblos perecen”.

Este es el gran peligro que nos acecha cuando, como ahora, hablamos de recordar nuestro pasado, de celebrar nuestros aniversarios, de construir nuestros monumentos. Con demasiada frecuencia, escribimos nuestra historia y recordamos nuestro pasado para hacernos la ilusión de que ya hemos llegado, de que ya no somos peregrinos. Pero ese no es el propósito del monumento de Gilgal. Josué manda construir el monumento precisamente porque todavía queda mucha tierra reconquistar, porque el peregrinaje todavía no ha terminado, porque existe el peligro de que, ahora que por fin el pueblo se encuentra al otro lado del Jordán, empiece a pensar que ya ha llegado, que ya no necesita de Dios como le necesitó en el desierto. El monumento de Gilgal está allí para recordarles a los hijos e hijas de Israel, y a sus hijos e hijas, y

las hijas e hijos de estos, que Dios es un Dios de peregrinos, un Dios que va adelante del pueblo hacia el mañana prometido; que aunque ya no haya nube o columna de fuego, todavía Dios marcha delante del pueblo, hacia el mañana de Shalom, de paz y de justicia, de alegría y abundancia.

El monumento de Gilgal no dice solamente que Dios abrió el Mar Rojo y el Jordán. Si solamente de eso se tratara, no tendría más importancia que la de la curiosidad anticuaria. Lo que el monumento dice es que el Dios que abrió el Mar Rojo y el Jordán sigue marchando delante del pueblo, llamándole constantemente a nuevas aventuras de fe, a nuevas experiencias de su poder y de su gloria. Y lo que nuestra historia, nuestro aniversario, este monumento simbólico de que hablamos hoy, ha de decirnos a nosotros, y a nuestros hijos e hijas, y a las hijas e hijos de ellos, es que Dios marcha todavía delante de nosotros; que esta no es la Tierra Prometida del pueblo de Dios; que, como aquellos antepasados en la fe en el que nos habla la Epístola a los Hebreos, aunque hayamos llegado a esta tierra para quedarnos y para hacerla tierra bendita de Dios, todavía andamos buscando una patria mejor.

Levantemos el monumento. Traigamos nuestras piedras. Contemos nuestras historias.

Celebrems nuestros logros. Lloremos nuestras derrotas. Pero sobre todo, sigamos al Señor que fue delante de los hijos de Israel en la nube, que fue delante de nosotros en todas nuestras peregrinaciones, y que sigue delante de nosotros hasta el día glorioso en que, junto a blancos, negros, asiáticos, gente de todo pueblo, tribu, lengua y nación, con palmas en las manos,

cantemos himnos eternos al Cordero que fue inmolado, y a Dios, que está sentado en el trono.

Y cuando nuestros hijos y nuestras hijas nos pregunten: “¿Qué significan estas letras?” Les responderemos diciendo: “que el Dios que abrió el Mar Rojo y el río Jordán, el Dios que cruza fronteras y echa abajo toda muralla de división, ese mismo Dios va a todavía delante de nosotros, abriendo camino hacia el mañana, hacia su Reino prometido de paz y de justicia, de gozo y de amor”. Amén. Así sea.

